

todo el mundo. En fin, allá va mi relación, y salga el sol por Antequera.

Luego que se tuvo noticia de la derrota de Cerro-gordo, donde murió heroicamente «Cara de Burro» (apodo indigno, aplicado al heroico Gral. Vázquez, por su fealdad) se sintieron en la capital los primeros estremecimientos del pánico y en el Ayuntamiento se agitaron sordamente cuestiones sobre el próximo conflicto de la Ciudad.

El Gral Tornel, personaje á quien mucho conoces, desempeñaba en el Ejército el papel de Cuartel Maestro, y fungía como Gobernador. D. Manuel Reyes, densamente obeso y naturalote, jugueteón en el trato familiar, habitualmente con su chaquetón de indiana amarilla ó de color chillante, su capa española y su sombrero blanco de anchas alas.

Se le creía sencillo y honrado, y realmente merece los dos calificativos; tenía su título de Coronel que lucía como joya en los momentos supremos, y cuando fué Alcalde, le levantaba el testimonio la malignidad de que para no calentarse la cabeza, hacía que los contrincantes apostaran á cara ó armas con un peso que arrojaba al aire, haciendo á la suerte, que pronunciasse sus más importantes fallos.

Entre los personajes que figuraban en el Ayuntamiento, se contaban á D. Juan María Flores, tipo vi-reinal, de cabeza cana y modales compasados y graves, D. Urbano Fonseca, netamente jurídico, afable y caballeroso, y como Secretario el Lic. Cástulo Barrera,

de buen talento y finas maneras, rubio, barbilampiño y reposado por circunspección y cojera. Fué discípulo del Dr. Aguirre y casó con una señora Anievas, familia muy protegida del Gral. Santa-Anna.

Pero la persona más saliente de esta corporación, era el Lic. Zaldívar, enlazado con una de las familias más nobles de México; chico de cuerpo, enjuto de carnes, cacarizo y de ojos pequeños, de fácil y enérgica palabra y á pesar de ser sordo rematado, listo y valiente como el solo.

Comunicóse al Ayuntamiento el plan de defensa de la Ciudad. Los concejales lo censuraron y Santa-Anna, colérico, acusó al Ayuntamiento de cobarde y traidor.

Espantados con aquella acusación y amenazas, se escondieron el Presidente y la mayor parte de los Concejales, quedando sólo, para hacer frente á la situación, los Lic. Zaldívar, Foura y el Secretario Barreda, con Reyes Veramendi á la cabeza.

Al seno del trunco Ayuntamiento acudió Tornel á exponer sus planes y esperanzas, exornando en peroración bélica con aquella pompa y aquel énfasis que le eran característicos.

Zaldívar escuchaba con trabajo, encorvándose y poniendo en hueco su mano en el oído. Cuando acabó Tornel augurando lauros y triunfos, exclamó Zaldívar:

—Y si perdemos?

Insistió Tornel en sus profecias de triunfos, y Zaldívar volvió á preguntar:

—Y si perdemos?

Así se prolongaron arengas y réplicas, hasta que Tornel dió amplias facultades al Ayuntamiento, en nombre del Presidente, y le encomendó del orden, de la seguridad y de recabar del vencedor garantías, en caso necesario, para los habitantes de la ciudad.

Entonces, con sorprendente actividad, se puso en acción el Ayuntamiento, se abrieron fosos, se arbitraron recursos, se hicieron depósitos de semillas, se proveyeron cárceles y hospitales, se mandaron quitar las cajas de los coches para que, convertidos en carros, condujeran la madera de la plaza de toros que se desbarató para blindajes y en todo fué tan patriótica y acertada la conducta del Ayuntamiento, que obligó á Santa-Anna mismo á que le tributara los más entusiastas elogios.

Después de la derrota de Cerro Gordo, los acontecimientos se precipitaron; el Gral. Santa-Anna ocupó la presidencia de nuevo. En Mayo, se decidió que se defendería la Ciudad á toda costa y hasta que no quedase piedra sobre piedra, y las proclamas oficiales, y los gritos de venganza de la prensa como que electrizaron la atmósfera y difundían el entusiasmo.

Las guardias nacionales, como para borrar los recuerdos de su pasado, presentaron un conjunto típico patrio, lleno de sublime grandeza y bravura.

El prócer, el mendigo, el joven lleno de vida, el anciano, el niño, cargando la cartuchera del padre enfermo, la gran señora conduciendo la canasta para las

medicinas del hijo, todos obedeciendo á un sentimiento único: la patria; á una aspiración: su gloria; á un objeto divino: su honra.

Y al ver aquellas filas, no uniformadas, no recortadas ni fundidas en un molde, no con los movimientos mecánicos de los títeres sino con la dignidad del hombre, con su fisonomía de pueblo, con su positivo carácter de patria, se engrandecía el alma y se sentía algo más que el orgullo de la victoria, la satisfacción poderosa del acatamiento al derecho.

México entero era una plaza de guerra; las gentes pacíficas hacían en silencio sus provisiones fuera del centro; buscando las calzadas, salían sin estrépito carros con muebles y familias deseosas de ponerse á cubierto de los horrores de la guerra.

Sin distinción de colores políticos, sin diferencia de edades, sin graduación de fortunas, voceando, escribiendo, publicando; los unos, versos entusiastas como Félix María Escalante, Bocanegra y otros; desparando la musa callejera, injurias y pedradas, relances y envites. Sólo algunos que se acogían á una nacionalidad extraña y el clero. . . . pero no estoy de humor de embriagarme con hiel.

En la Redacción del *Monitor* habíamos agitado la cuestión de á dónde marchábamos á cumplir con nuestros deberes, y lo discutíamos con la mira de alejarnos del Gral. Santa-Anna por tener cual más cual menos, testimonios de su mala voluntad.

A nuestro frente estaba D. Vicente García Torres,

que se había provisto de un magnífico caballo frisón, ataviándose de rico dormán, banda encarnada y calzónera con botonadura de plata. Y D. Vicente no se contentaba con dar lleno á su deber como segundo jefe de Independencia, sino que servía donde había peligro, se arriesgaba á lo más peligroso, abría su bolsa á los necesitados, ayudaba á cargar á los heridos y se batía como un diablo cuando se ofrecía.

Los amigos del *Monitor* nos reunimos y decidimos marchar á ponernos á las órdenes del Gral. Valencia, á quien se había conferido el mando del Ejército del Norte.

Vencidas á fuerza de drogas y combinaciones inverosímiles nuestras dificultades de presupuesto, nos declaramos listos para partir á toque de marcha. Pablo Torrescano, Ramón Alcázar, Castillo Velasco, algún otro que no recuerdo en este momento y yo.

A las 3 de la tarde, el 9 de Agosto, el prolongado y gemebundo clamor de la campana mayor de Catedral anunció la proximidad del enemigo, y el clamor; como que difundía sombra y silencio de sepulcro en la ciudad estremecida.

En la noche el eco de la campana se parecía al trueno lejano que pide socorro en el naufragio. . . . Cesó el ruido de vida de las grandes ciudades; se oía sólo rumor de soldados transeuntes, golpear de herraduras de caballos, y en la noche el alerta vibrante y prolongado del centinela.

La guerrilla de pluma que hemos visto preparada en son de marcha, tomó soleta en cinco caballos, de tan

descuadernado empaque, de tan cínicas figuras y de andar tan descompasado y caprichoso, que más parecían hijos de sus jinetes, que animales empleados á su servicio; pero el entusiasmo era tan grande, la esperanza del triunfo tan risueña y la juventud tan vivificadora, que tal parecía que el destino salía á darnos posesión de llanuras y volcanes, bosques y lagos.

En Texcoco había tres divisiones que mandaban el Sr. general Valencia, el general Salas y el general Alvarez con la caballería.

Nosotros nos dirigimos al Sr. Gral. Valencia, que se encontraba instalado en la casa del Sr. D. Manuel Campero, rico capitalista de México.

De estatura regular, anchas espaldas y levantado pecho; ojos garzos, gran bigote, y el cuello corto, medio hundido entre los hombros; el aspecto del Sr. Valencia era duro y dominante, más porque creía estar así en carácter, y que este era el tipo militar, que porque tal papel le acomodara.

Ignorante y arrebatado, sus primeros ímpetus eran incontenibles; pero pasados los arranques de la ira, era humano y generoso, franco y leal, considerado con el soldado, y en el peligro, ambicioso de figurar en primer término, y celoso de que nadie le excediera en arrojo.

En su trato íntimo era el hombre apegado á su familia; como un niño adoraba á su esposa, afecta á las diversiones y al boato; su casa era una tertulia constante y un centro variado de diversiones.

Aunque el origen de la familia había sido obscuro, la posición del general le dió pase para el buen tono, que disimulaba algunas incorrecciones de etiqueta, porque era título para el bien parecer en aquella sociedad.

Los alegres paseos en San Ángel, las espléndidas recepciones de máscaras, los bailes de compadres, los padrinzos de bautizos y de bodas, todo cobraba brillo y popularidad en la casa del Sr. Valencia, y mucho más, después del 15 de Julio, del movimiento de Urrea, en que puede decirse que en realidad á Valencia se le consideró como árbitro de los destinos del país.

Es de advertir que á estos hombres que exaltaba la revolución, se les tenía que suplir con algo de prestado y de postizo; lo necesario para decidir de las altas cuestiones gubernativas, administrativas y diplomáticas, y que no podía desconocer este actor que desempeñaba los primeros papeles, al mite pariente de la esposa, al parte por medio compañero de juventud; al corista, con quien compartió penas y placeres de subalterno.

Y me ocurren estas reflexiones, no precisamente por el Sr. Valencia, sino por ser un elemento de que no se podrá desentender el que quiera afocar con exactitud nuestro modo de ser social.

El Sr. Valencia con benevolencia suma, con tono paternal nos acogió, distinguiéndome especialmente por una aventura particular.

En los días de más tremendas luchas de *Don Simplicio*, cuando se vociferaba que por sus sátiras se ha-

bían precipitado los sucesos y se había perdido la batalla de la Angostura, algún mal queriente supo comentar mis versos y escritos tan desfavorablemente, que hubo por todas partes amagos de palizas y contrariedades de todo género. Pero á quien se pintaba más implacable en mi contra y más resuelto á *corregirme* personalmente, era al Sr. Valencia.

Obligado por amenazas y acechos de los amigos, ó mejor dicho, aduladores del general, espí sus pasos; supe que á las oraciones tomaba chocolate en la casa de su cuñada esposa del general Lombardini, señora llena de bondad, talento y gracia, y un día en que el general tomaba solitario su chocolate en un gabinete de la entrada de la casa (callejón de Santa Clara) me le fui apareciendo como caído de las nubes, á decirle como en los juegos de prendas: aquí me tienes, bien mío; mándame lo que quisieres.

El Sr. Valencia tuvo unos instantes de perplejidad, y me dijo:

—No lo creía á Ud. tan atrevido.

—Me da valor la bondad de Ud.

—Siéntese Ud.

—Hablamos de la situación. . . le pregunté cómo veía las cosas, y al retirarme me tendió la mano y me dijo: Guillermo. ¿Amigos?

—Sí señor, le contesté; me abrazó, y después fué para mí un noble favorecedor.

Cada uno de los tres jefes acampados en Texcoco, tenía su círculo característico.

Con Valencia estaban los restos de ese heroico ejército del Norte, valiente, sufrido, exaltado en su patriotismo hasta la pasión, hecho comitiva de dolor y esperanza de la Patria herida y ultrajada. En esas filas estaba Parrodi; el monosilábico caballero Jáuregui; el delicado y severo Francisco Mejía, y como ayudantes, y en el Estado Mayor, Arrieta, Silva, Feliciano Rodríguez, Grimarest, Agustín Iturbide, Barreiro, Segura, general Mendoza y no recuerdo quiénes más.

Con el Sr. Gral. Salas había soldados y jefes del antiguo régimen, mucho amigo clérigo y mucha ordenanza.

Y en una hacienda vecina, el Sr. Alvarez con su círculo patriarcal y la caballería.

Me consignaron, para alojarme, á un padre Cortazar, que servía de cura; con su cuerpo de pipa, su rostro encarnado, su boca siempre abierta, con un colmillo en medio, como una columna; comedor insaciable, bebedor inverosímil. . . . y sensible de corazón.

No obstante los aprestos de guerra, en el curato se cantaba, se jugaban juegos de prendas y se representaba una especie de apoteosis, en que muy modestamente se comparaba al padre Cortazar con nuestro Señor Jesucristo, resultando, por supuesto, el padre mucho más alto que el Redentor del Mundo.

Antes de presentarnos al Gral. Valencia en Texcoco, asistimos á la solemnísimá instalación de los Cuerpos de guardia nacional, en el Peñón Grande, uno de los espectáculos más conmovedores y grandiosos que he presenciado en mi vida.

Los Cuerpos de guardia nacional de que acabo de hablar, estaban compuestos de lo más selecto de la sociedad; arrancaban, por expresarme así, del corazón de las familias; era la familia que combatía en defensa del hogar grande que se llama Patria. Las mujeres, limpiándose sus ojos al lado de los soldados; la matrona arrastrando sus sedas, con los ojos acariciando al hijo; en grupos, todos en procesión entre las músicas y los vítores de la plebe.

En el Peñón, en las llanuras que rodean el cerro, carretones, carruajes, caballos, burros, traficantes agobiados con canastos y tercios, y reverberando en hervidero inquieto; sombrillas, sombreros, toldos, ramas, vestidas con todos los matices y todos los colores imaginables.

En la base del cerro; tiendas de campaña, barracas, jacales enramados; más en alto, animando matorrales y peñas, fajas, fajas bordadas de tropa con sus fusiles, reverberando, haciendo como pirámide de luz ondeante y blanquísima.

En la cima, en el centro de un inmenso cuadro, el altar con sus paramentos de oro, sus altos cirios de llamas pálidas ante el sol. La cruz de la creencia y la esperanza, dominando sublime.

Desde aquella altura, cegaba, embebecía, se agrupaban en panorama mágica, lagos, volcanes, bosques, llanuras como mares, horizontes á que comunicaban proporciones de infinito, lo romanesco y lo ideal.

El Gral. Santa-Anna se había situado en la hacienda de San Antonio por considerarla punto estratégico para atender á Tlalpan, ocupado por los americanos; á Padierna, en que se encontraba el general Valencia, y México con el convento de Churubusco, que se encuentra en el camino antes de la garita de San Antonio Abad.

La moral del ejército del Norte estaba levantadísima; los viejos soldados de la frontera y el desierto revivían enérgicos al convocarlos el clarín de la gloria; sonaban las músicas, flotaban las banderas, piafiaban los caballos de los oficiales, y se alzaban sobre sus estribos los dragones como para aligerar el empuje de sus corceles.

El anuncio de la presentación del enemigo lo dió Alejo Barreiro.

Como el Sr. Valencia me honraba con comisiones importantes; como tenía especial cuidado á título de mando de exponerme lo menos posible á los peligros, designándome los lugares menos inseguros, y como los muchachos ayudantes eran mis amigos, me citaron la víspera de la batalla para hacerme sus encargos. ¡Oh! qué noche; ¡oh! qué tiernas y apasionadas confianzas; ¡oh! qué riqueza de áurea de angelical poesía la de aquellos hombres, que desprendidos de la vida por el sentimiento del deber, volvían los ojos á lo que dejaban de más amado en el mundo.

—A mi padre, le das mi reloj, Guillermo; dile que me perdone, que es mi viejo de mi corazón.

—Oye (aparte) ¿la conoces? No le digas nada; deja que pase tiempo; vuélvele este relicario . . . no se cómo no lo he fundido con mis besos . . .

—Ya está grande mi María . . . te oiré, háblale de mí. Tú me vas á ver; deseo distinguirme, deseo morir para dejarle mi nombre que le dé orgullo . . .

¡Oh! aquella juventud, aquella aspiración á la gloria, aquellas confianzas que tenían como invisibles testigos á la muerte, no se borrarán jamás de mi memoria.